

alidad de descansar y rehacerse después de tantos años de florecimientos y siegas. Sentía la necesidad de nuevo recogimiento, de nueva soledad.

Y después de cinco años de esfuerzos, de guerras, de exploraciones y locas tentativas, *maté* voluntariamente a mi criatura, al hijo más querido de mí mismo. Estábamos en pleno verano, en agosto; el último número salió armado de un haz de atroces saetas y con la cubierta color de sangre, y con todo, era triste, descorazonado y pesado como el ataúd de un amante asesinado.

XVIII

LA FUGA DE LA REALIDAD

¡Hartas memorias, sobradas nostalgias! Este color y calor del pasado, estos hechos y pasajes externos, ¿qué cuentan? Son poesía, literatura, vanidad. Lo que importa aquí es la historia de un alma, la historia de mi alma, y no la de un palacio o de un periódico. No debería caer en semejantes flaquezas, y si no me avergüenzo de ello hasta el punto de borrar las huellas, es el caso que son también síntomas y pruebas de un fondo político y sentimental que no consigo ahogar ni en los accesos más dialécticos. ¿Es posible que yo no pueda ver la idea sin el cuerpo y sin la sombra, y no pueda comprender un sistema sino bajo la forma de vida y de experiencia sensible, pasional, cotidiana? Las cortezas, las cáscaras, los vestidos, las máscaras son—también yo lo sé—no más que cortezas, cáscaras, vestidos, máscaras. No son nada más. Nada más substancial ni más íntimo. Las cáscaras se rompen. Los vestidos se desnudan, las máscaras se destiñen, y lo que queda es el concepto, el esqueleto interior e indestructible de la verdad. Lo que lo reviste es esencial, variable, transitorio. Las manifestaciones a uso de los demás, los vehículos de estas embajadas espirituales—las palabras, las palabras habladas, las palabras escritas, las palabras impresas, las hojas con

ilustraciones, las hojas que salen de cuando en cuando, las hojas que se recogen en volumen y hacen el opúsculo, el libro, la obra—no son más que tentativas, rodeos, espirales, murmullos, lenguas que se forman, que comienzan, que pocos entienden, que nadie quiere estudiar. Quienquiera de nosotros que tenga una vida *suya*—quiero decir vida propia, personal, interior, sensitiva, intelectual, metafísica—es un Adán que debe dar nombre nuevamente a todas las cosas, construirse su vocabulario y fundar un lenguaje. Las palabras de los padres en boca *suya* tienen otro sabor, otro sonido y tono, otro significado. Os hablará de luz, y su mente tendrá delante las tinieblas, y cada vez que pronuncia una palabra simple, simplicísima, común, banalísima—la palabra *hombre*, por ejemplo,—tendrá en el pensamiento *su* hombre, que no es en verdad, creedlo, el hombre de la esquina, ni el hombre que está a la ventana, ni el hombre de Platón, ni el hombre de Dios, sino *su* hombre y no otro; ¡su ideal, su tipo, su sueño, mito y modelo de hombre!

Y cada cual debe volver a comprender su sí mismo, cuando éste ha pasado ya y está entre los muertos para siempre, con los demás muertos, con todos los yos que matamos a diario con el veneno lento del olvido; y cuando queremos volver a hablar de él, que ya no existe, debemos rehacernos de su diccionario, de su gramática, de su sintaxis mental; y de nada sirve buscar entre los despojos que existieron aquellos días sus trajes de gala, y repetir los epígrafes que dictó entonces para *fixar* (esto es inmovilizar: matar) sus intuiciones y sus venideras conquistas sobre el eterno fugitivo. El cuerpo, la materia, no bastan; buscamos el espíritu, lo profundo. Y si no es posible la pintura, nos contentamos con la geometría. No quiero hacer el solista sentimental de mí mismo. ¿Queréis la anatomía? He aquí la anatomía: despellejad, cortad, des-

carnad. Este es mi cuerpo, ésta es mi carne; pero el aliento que la animaba, la idea que la informaba, ¿dónde están? ¿Entre esta polvoreda de recuerdos, entre este revoltijo del fondo de los cajones, entre estos papeles que tienen ya la pátina de casi diez años? No busquéis; no están aquí. Yo sólo puedo decir cuál era el nudo central de mi pensamiento en aquella borrasca de escritos, de desbanderamientos, de ofensas y defensas, de clamorosos apostolados. El *sturm und drang* ha pasado (historia, anécdota, pintoresco); pero la vena de aquel tumulto y de aquella tempestad es en el yo donde queda; en el yo perpetuo, absoluto, es donde tiene contacto con la eternidad y *debe* participar en la eternidad.

Este nudo central de mi pensamiento de aquel tiempo era la *fuga de la realidad*: la no aceptación, la repulsa de la realidad. El pesimismo radical no era ya el punto último y único de mi concepto del mundo, y no pensaba poner ante los espantados ojos de los hombres la proposición de un voluntario envenenamiento universal. Pero el dolor cósmico, atrásándose en mí como teoría, había llegado a ser un estado de ánimo estable, se había quedado como un sedimento indestructible en la sangre y en el alma. Ya no lo formulaba, pero él había infundido todo concepto mío. “No nace pensamiento en mí que no lleve esculpida la muerte”, escribía Miguel Angel, viejo, y en mí no había idea sobre las cosas que no tuviese el amargo sabor del desprecio. Dicen que es propia de los jóvenes la serenidad esperanzada. No es verdad, o no es verdad al menos en todos. Porque el joven, antes de acercarse a la vida para poseerla, tiene ya dentro, si no tiene el alma irremediamente enfangada, esperanzas, y supone tan magníficas e intensas certidumbres de sublimidad próxima y de poder divino, que la realidad tal como es, la vida corriente, no pueden

menos de ser para él un continuo abofeteo de mentís. Esperaba el paraíso y se encuentra en las más fétidas estancias infernales; creía encontrar a sus hermanos tendidas las manos, y encuentra una punta de bestias afanosas que riñen y se acometen; imaginábase que la vida se ofrecía como piedra limpia y mármol de buena grana para esculpir en ella su imagen con el duro escalpelo de la voluntad, y tiene, por el contrario, entre las manos una masa de barro y de miseria, que no se puede modelar, y modelada no se tiene en pie.

Demasiado idealismo, dicen los prudentes, que han hecho ya el olfato al estercolero. Ya es sabido: muchos jóvenes mueren de este "demasiado" y no del poco de plomo que les atraviesa el pecho. Pero en verdad os digo que no hay señal más segura de un ánimo pequeño que el estar contento de todo. La serenidad puede llegar únicamente al cabo de la juventud, cuando se ha dado la vuelta en torno y dentro de las cosas, y nos consuela de la nada infinita el saborear el instante que no volverá.

Yo sentía, pues, fuertemente en aquel tiempo el disgusto de lo real. No aprobaba, no aceptaba el universo tal como era. Mi actitud era despechada y orgullosa, como la de un campaneó sujeto a un infierno terrestre. Y propendía a negar lo real, a negar las copias de lo real, a despreciar las reglas de la vida real, a rehacer por mi cuenta, a mi manera, una realidad diferente y más perfecta.

¿Qué era, en efecto, aquel espíritu de furibunda anarquía y descarada irrespetuosidad hacia hombres y dogmas, sino reacciones contra el pasado, contra lo fijo, lo glorioso, lo disciplinado y regular? ¿Qué era mi pasión por lo absurdo sino la náusea de lo fútil, de lo corriente, del buen sentido común? ¿Y el desprecio por las reglas éticas, la buena educación, los fetiches populares, los métodos prudentes y las vir-

tudes burguesas, sino el cansancio del hecho inmutable y maldito, y de todos los miramientos, todos los lazos y todas las creencias?

Combatía el positivismo porque los positivistas pretendían no ser otra cosa que notarios imparciales de la realidad; me inflamaba por el idealismo y lo llevaba hasta el último extremo porque aquel incluirlo todo en el espíritu y aquel poner en duda la existencia del cuerpo olía a extravagancia y paradoja. Por odio al presente me encerraba con unos cuantos muertos geniales; por odio a lo existente me abandonaba al sueño; por odio a los hombres buscaba la soledad de los campos y la silenciosa amistad de las plantas. Mi palabra preferida en aquellos tiempos era *liberación*. Liberación de esto y de aquello, del ahora y del mañana, del aquí y del más allá: liberación del todo.

Yo quería desnudarme y desnudar; volver al desnudo perfecto, a la espantosa libertad del ateo radical y universal. Y cuando me pareció estar desnudo y que los dolores y pensamientos de la tierra no eran ya míos, quise volver a fabricarme mi recuerdo. De dos maneras: con la potencia del espíritu y con la evocación de lo fantástico—con la voluntad y con la poesía.

El famoso pragmatismo no me importaba ya en cuanto regla de investigación, cautela de procedimiento y refinamiento de método. Yo miraba más allá. Entonces surgía en mí el espíritu taumatúrgico, la necesidad, el deseo de purificar y reforzar el espíritu, para hacerlo capaz de obrar sobre las cosas sin instrumentos ni intermediarios, y llegar así al milagro y a la omnipotencia. A través de la "voluntad de creer" propendía a la voluntad de hacer"—a la posibilidad de hacer.—; Si la voluntad pudiese extender el círculo de mando del cuerpo propio a las cosas que lo circundan, y hacer de suerte que todo el universo

fuese su cuerpo, obediente en cada una de sus partes a una orden suya, como ahora le obedecen estos pocos haces de músculos! Fingía partir de un precepto de lógica (pragmatismo), pero lo más secreto de mi ánimo estaba sediento y envidioso de la divinidad.

Un instinto semejante me condujo hacia el arte. Yo no podía sufrir la literatura; lo que hay en tal palabra de falso, de elegante, de fingido, de ajustado y decorativo, me repugnaba. No obstante amar entrañablemente a algunos poetas muertos, tenía invencible antipatía por la gente que reúne poesías, cuentos y novelas, para ajena diversión y utilidad propia.

La filosofía parecíame hartó más noble y elevada que el arte. Pero la misma filosofía me llevó al arte de nuevo. Para poder expresar más apasionada y eficazmente ciertos pensamientos míos me dió por hacer inmoderado uso de imágenes; intenté la forma del mito; del mito saqué leyendas; comencé a inventar coloquios y visiones, y poco a poco introduje como interlocutores tipos creados por la poesía y por la tradición, los cuales empezaron en seguida a vivir por cuenta propia, a hablar con otro lenguaje, a mezclarse en otras aventuras. Del desahogo lirizante fui sin casi darme cuenta al cuento hecho y derecho, y la idea, que había sido el fin y el todo, se convirtió en una de las materias primas sometidas a la fantasía. El afanoso rumiar de mi pensamiento, la amargura de mis desencantos, el ímpetu de mi apostolado se hallaron mejor y más fuertemente expresados en estas antiguas creaciones poéticas. Y así nació en derredor mío, sin querer, todo un mundo fantástico, opuesto al mundo real, donde podía retirarme a llorar y recordar, donde era señor y rey sin ley. En aquel tiempo conocí al pálido demonio de nuestros días, y escuché las confesiones del caballero enfermo y de la reina de Thulé; y acogí los gemidos del dolorido

Hamlet y las confidencias de Juan Buttadeo y de Juan Tenorio. Procedían de la sombra, de lo irreal, y con todo me parecían más vivos que los vivos que pisoteaban a mi lado, y sólo con ellos me era dado entender y ser entendido, amar y ser amado. Era aquél un mundo turbulento y cerrado, donde la sombra sobrepujaba a la luz y lo trágico surgía de lo corriente; un mundo habitado por jóvenes pálidos y sin ilusiones, por hombres poseídos y martirizados por ideas fijas y nuevos terrores; un mundo en que los actos eran raros, pero tumultuosos los pensamientos, y donde no se distinguían los confines de lo verosímil y lo imaginario, de la vida y de la muerte. Era otro mundo: era *mi mundo*, obscuro y terrible, sí, pero que por lo menos no era este mundo, el mundo de todos.

Y así, mientras esperaba doblegar y rehacer la realidad con los prodigios de la voluntad sublimada, iba creando el refugio de una realidad provisional, poblada por los dóciles espectros de los sueños. La poesía es escala para la divinidad, y el trabajo del arte es ya principio de creación. Poeta y profeta por hoy— ¡y Dios, acaso, mañana!

LOS HERMANOS MUERTOS

No aceptaba la realidad: no hay palabras más rigurosas para expresar mi asco del mundo físico, humano, racional, que me oprimía y no daba aire y espacio bastantes a mis inquietudes. Pero no las que serían menester; no lo dicen, no lo iluminan todo. Yo no quería *aquella* realidad, pero porque quería *otra* (más pura, más perfecta, más angélica, más divina), y me industriaba trabajosamente para que el esperado mundo, espiritual y armonioso, surgiese como la estatua que el cerebro vió y quiso del bloque tosco apenas arrancado del monte. Yo no aceptaba la realidad ordinaria, superficial, porque quería una realidad mejor, más verdadera, más profunda; renegaba del pasado, renegaba del presente para tender la vista, el deseo, el alma toda hacia un futuro más milagroso y digno.

Y aun hablando así, no lo he dicho todo: hay en mí algo así como un remordimiento que no sé calmar. Reniego del pasado; pero ¿es que no están en el pasado los espíritus magnos, los hermanos sepultados y, sin embargo, vivos y presentes que me han consolado en los años de soledad y en los años del éxodo; que me han enseñado los caminos de la liberación y me han dado los pensamientos, las imágenes, las palabras

que mejor representan mi verdadero yo, y me han hecho, sea pequeño o grande, tal como fui y tal como soy? ¿No son ellos los compañeros de los insomnios, los confortadores de las treguas, los azuzadores en las luchas, las sombras animosas de los días mejores? Únicamente a ellos debo el asco por los mediocres, la ansiedad de perfección, el heroico descontento, los primeros impulsos de la ascensión, las escalas para la fuga, las picas para la revuelta, los hierros para la destrucción y la misma idea de un universo más celestial y de una beatitud sin peso ni sombra. ¿Cómo renegar de ellos, sin renegar de mí mismo y de lo mejor de mi vida?

Y, en efecto, los aceptaba, pero, ¿qué digo?, los buscaba con más amor del que un hijo pueda tener por un padre amoroso, y con más ternura de la que un hermano pueda sentir por el hermano mayor. Estos muertos y mis poyos de piedra; estos muertos y mis árboles; estos muertos y mi espíritu inquisitivo. ¿Contradicción? De ningún modo. Aquella parte de pasado (aquellos hombres, aquellos muertos, aquellos maestros y aliados míos) era precisamente lo que me haría despreciar todo lo demás y me daba ánimo y luz para salir de ello. Aceptaba precisamente aquello que me hacía inaceptable el resto. Los amaba porque me incitaban al odio, los buscaba porque me ayudaban a huir.

Pero ¿qué necesidad tengo de tales excusas? Estas son las cavilaciones póstumas de una simpatía espontánea y de primer impulso. Yo me sentía bien con ellos, únicamente con ellos; veía el mundo a través de sus ojos de veedores; pensaba a la zaga de las sugerencias de su pensamiento; me eran necesarios como el pan, como el cielo, como el agua, como todas las cosas bellas, puras, óptimas, que no cuestan nada y sin las cuales no se vive. Los quería, en suma, más

de lo que se puede querer a una mujer, porque en la mujer tienes un rostro sólo y una sola alma, y ellos me daban diez almas, mil almas; un alma para el contento y una para el dolor; un alma para la superación y un alma para la santificación. Los quería locamente, desmedidamente, inmoderadamente. ¿No he dicho, pues, que siempre busqué la grandeza, que quise siempre—no obstante fuese pequeño, miserable o loco—ser grande, hacerme grande? Unicamente con ellos, con los genios, con los grandes, podía volver a encontrar y sentir de nuevo aquel ansia que me elevaba a las alturas, por encima de la manada bestial de los llanos. Ellos me daban ese alimento que *solum* es mío; daban la razón a todos mis instintos; me sacudían cuando ya iba a acurrucarme; me sonreían desde los muertos ojos de los retratos cuando apretaba con fuerza mi negra pluma entre los secos dedos, y seguía sobre el papel, con mi desbandada letra, la trabazón de una idea o el discurso de un fantasma.

Y los sentía tan cerca que los creía míos a todos; y tan vivos en el espíritu que no pensaba que estaban muertos, y si recordaba que sus cuerpos eran ya ceniza y polvo y que sus voces se habían callado para siempre, sentía el pesar de haberlos perdido harto presto, de no haber nacido antes, de no haberlos conocido. Nunca como en aquel momento he experimentado el odio a la muerte. Y no he querido a ningún vivo caliente y que hablase, como a aquellos cadáveres célebres, sepultos bajo los mármoles y los siglos. Y algunas veces me ha parecido tenerlos cerca de mí, en mi cuarto, o encontrarlos por los caminos más caros, a lo largo de los ríos rumorosos o de las tapias desconchadas, e intentado hablar y decirles toda mi pasión de solitario enamorado. Pero me miraban en silencio y desaparecían si me acercaba.

Los libros donde por primera vez conocí sus amo-

res, pensamientos y desdenes, los tengo presentes en los colores, en las formas, en el diseño de los tipos de imprenta e incluso en las manchas y dobleces de las páginas, y no los olvidaré nunca. ¡Qué tiene que ver con las reliquias sentimentales de los amores concluidos! Esas son verdaderamente las reliquias, las memorias de mi más hermosa vida; libruchos económicos, mal impresos, incorrectos; ediciones estereotipadas a unos cuantos céntimos el tomo; volúmenes comprados de segunda mano, todos manchados de tinta y de lápiz, rotos y gastados; sólidos tomos encuadernados en piel y guardados aparte como cosa santa.

Y recuerdo también los lugares y los momentos en los cuales me embebí en ellos, los sentí más próximos y míos y se me aparecieron en la luz más encendida y aguda. Dante está unido en mi memoria a las auroras estivas transcurridas sobre un desconchado banquillo de piedra, arriba, junto al sordo fluir de una fuente en un estanque de agua turbia. A Shakespeare lo he leído las primeras veces de noche, en invierno, en un cuarto helado e incómodo, a la luz de una vela; a Baudelaire le he comprendido en las avenidas más otoñales y desiertas de las Cascine, cuando la plata del Arno se enrojecía para la fiesta del crepúsculo; Shelley me recuerda un sendero en medio de un bosque primaveral, lleno de acacias y de olmos, donde he cantado en alta voz las más dolorosas invectivas de Prometeo; Taine me reconduce a la sala interminable de la biblioteca, bajo la fría luz de las grandes ventanas polvorientas, atravesadas de cuando en cuando por un vuelo de palomas blancas; me he engolfado en *El Único* stirneriano, sobre el banco de ladrillo de un sagrado, blando de hierba y oloroso a incienso desvaído, junto a una iglesia, en lo alto de una colina, bajo la ventilada sombra de un tilo frondoso; y he declamado los versículos de Zaratustra

tras un muro de piedras, hecho por mí contra el viento, junto a la cabaña de un pastor, en las cimas herbosas y solitarias de Pratomagno.

Pero no fueron estos únicamente los compañeros de las vigilias de encierro, de los paseos meditabundos y de los magníficos descansos entre los árboles y bajo el cielo. No me olvido de ninguno de vosotros, amados verdaderos de mis diez y ocho, veinte y veinticinco años; uno a uno pasáis ante mí y recordáis a mi corazón una fecha, un paisaje, un verso, un pensamiento. Con todos vosotros tengo una deuda pendiente; una deuda que yo pago ahora, poca a poco, esforzándome en comunicar a los demás alguna chispa de este mi espíritu que habéis nutrido y resucitado.

Y soy especialmente deudor a vosotros, poetas, que me llevasteis, como Satanás, a las cimas de las montañas y me dijisteis al oído: "Mira: toda esta riqueza, frescura y belleza, puede ser tuya con tal que tú la veas y la comprendas!" Y a ti, padre Dante, debo el afán de los paraísos y el gesto violento y plebeyo de los desdenes magnánimos; a ti Leopardi hermano, la voluptuosidad del dolor sin refugios y la nítida y despiadada visión de las ridículas infamias de los hombres; a ti, Shelley, corazón de corazones, anegado como un dios en un mar, la animación patética de la naturaleza, los refinamientos suntuosos de un mundo dorado, la piedad por los titanes en derrota; a ti, fraterno Baudelaire, el perverso e inolvidable gusto de las maldiciones y los abismos sin salida y sin cielo de la miserable vida de la carne y la estática transfiguración de la bajeza cotidiana; a ti, Heine, la risa sonora de la tristeza que no quiere dejarse ver y el jocundo desventramiento de los fantoches de las varias mitologías; a ti, Walt Whitman de mi primera mocedad, el amplio respiro del mar, de las multitudes, de la vida de los hombres, el alzamiento conmovido y generoso de todo ser y de todo pueblo; a ti, Carducci

de Maremma, los zarpazos de león que no descansa y el deseo de los torbellinos aquilinos, de las revoluciones intransigentes, de las dianas batallonas y de la grandeza de Italia. ¿Y puedo decir lo que debo a Shakespeare, lo que debo a Goethe? ¿Fueron únicamente poetas, autores de dramas, de tragedias, de misterios? ¿No me introdujeron acaso en universos inéditos, en escenarios más ilimitados, entre ideas hechas carne, coloquios de héroes, maravillas de islas felices, y no aprendí de ellos que la vida es sueño, que el sueño es la realidad y que los pensamientos más graves, más temerosos, más iluminatorios no se encuentran en los libros de los filósofos? ¿No hablé más de una vez con el pálido Hamlet, no busqué la verdadera vida con el doctor Fausto? ¿No fueron uno y otro partes vivas y familiares de mi persona?

Se encontraron quizás Don Quijote y el Idiota, y alguna vez Julio Sorel y Peer Gynt, y frecuentemente el doctor Teufelsdröck, en compañía de Divino Chierico y de Filippo Ottonieri. Ellos son los que me han hecho, los que me sostienen, los que me dictan. En Cervantes he adquirido la santa locura del ideal y el desprecio por la salud vulgar de los Sanchos; en Dostoyewski, la santa locura del amor por los desgraciados y el funesto encanto de las tragedias interiores; en Stendhal, el estoicismo del hombre que ve con lucidez las cosas del mundo, la inclinación al pudor del secreto; en Ibsen, el respeto, la rebusca y defensa de uno mismo; en Carlyle, el descubrimiento del espíritu bajo el símbolo y el hábito y el haber vuelto a encontrar la afirmación en la negación; en los dos hermanos italianos, la melancólica argucia contemplativa que a duras penas refrena el llanto.

Pero ¿por qué no recuerdo, antes que a los demás, a Poe, que me desvió hacia las complicaciones de los espantos, y a Novalis, que me sedujo con el misticis-

mo del poderío? ¿Y los filósofos? Platón: jóvenes bellos, viejos sutiles, mitos y sofismas, banquetes y pórticos junto al mar. Berkeley: Ila y Filonooos, que destruyen ideas generales y materia en la caligine matutina de un parque inglés. Schopenhauer: descubrimiento del pensamiento y del dolor, de la voluntad y de la renunciación. Nietzsche: sol y destrucción; montañas nobles y blancas y la danza risueña del genio liberado. Stirner: anarquía dialéctica, soledad atroz, egoísmo evangelizante y elocuente rebelión extremista del tímido. Pero sobre todo he amado, entre cuantos piensan, a los destructores de costumbres, a los conocedores sin prejuicio de los hombres, a los desilusionados heroicos y tranquilos, a los que rascan los frenos del idealismo para mostrar los agujeros del encalado y deshacen el velo de plata para que el feo plomo sea pagado lo que cuesta. A los razonadores rigurosos, a los sin ideal, a los aduaneros intelectuales de la humanidad. Especialmente a los franceses: el prudente balanceo de Montaigne, el relampagueante volcanizar de Diderot, el esquematismo límpido y animado de Taine, y hasta el brioso escepticismo de Voltaire, el politeísmo moral de Brewster y el cinismo naturalista de Remy de Gourmont.

Este era mi mundo, mi verdadera patria y sociedad de hermanos. Hacían el fondo en esta divina ciudad del alma: las montañas de Leonardo; de monumentos, los héroes de Miguel Angel, tristes incluso en la victoria, y de cuadros, las luces y tinieblas de Rembrandt. Y se oían de cuando en cuando las cadencias solennes de las sonatas de Bach, los tiempos más apasionados de las sinfonías de Beethoven y los motivos heroicos de los coros de Wagner. Unicamente entre aquellos pensamientos, aquellas imágenes y aquellos sonos sentía el mundo digno de mí.

XX

LOS PEQUEÑOS VIVOS

Pero más fuerte que el amor por los grandes muertos era en mí el desprecio por los pequeños vivos. Por todos: por los que conocía y por aquellos a quienes nunca había visto; por los que me denigraban y por los que me aclamaban; por los que me salían al encuentro y por los que me huían.

Ningún hombre—quitados tres o cuatro compañeros de odios y aventuras—parecíame mi igual. Ninguno parecíame digno de juzgarme y ni siquiera de estar a mi lado. Creía en serio ser el único espíritu sin prejuicios ni anteojeras; sin falsedades, tonterías ni bestialidades en la cabeza; el único capaz de descubrir los engaños y arrojar a los usurpadores; de despoblar al Walhalla entero de viejos dioses y de idiotas modernos; de desnudar a toda cosa, a toda idea, de los rufianescos velos de la costumbre y de la convención; de librar a la Humanidad de todas las oprobiosas servidumbres mentales que la entorpecen. Quería librar, es decir, ayudar según mi idea, a los mismos a quienes despreciaba, y precisamente porque no eran libres, precisamente porque eran despreciables quería librarlos. Quería levantarlos hasta mí, y no inclinarme hasta ellos. Para hacerlos hombres les hacía comprender que eran animales; para demostrarles mi